

MARIANO PICÓN SALAS

EL CORDIAL VISITANTE

---

DE BUEN efecto catalítico —si lo sabemos escuchar— serán las conferencias de interpretación de la Literatura Hispanoamericana que dará en nuestra Ciudad Universitaria, los lunes y los miércoles, Ricardo A. Latcham. Pocos son los críticos americanos que remontándose sobre su cerrada circunstancia nacional observan la Literatura de América como viviente unidad en que chocan las corrientes cosmopolitas y se expresa la angustia del hombre de estas latitudes —que ya no es europeo ni indio puro, sino un “nuevo género humano”, como decía Bolívar— por fijar su confusa problemática. Y no basta tan sólo el canon estético importado de Europa, porque el escritor americano, desde los cronistas coloniales hasta los novelistas y ensayistas de hoy, se empeñó, también, a través de su obra literaria en cumplir una tarea de servicio cívico. Alto civismo, denuncia de patéticas realidades o revelación de un mundo y una sociedad que no era bien conocida por los europeos, ha sido desde El Inca Garcilaso hasta los escritores de hoy lo más válido de la literatura hispanoamericana.

Entre los críticos y ensayistas que han logrado una visión continental de nuestro proceso literario se destaca este grande y entusiasta escritor chileno que ahora nos visita. Muerto Henríquez Ureña, humanista universal de todo un Continente, quizás no haya en América quien conozca la literatura de nuestros países en su más minuciosa extensión como Latcham. Viajó por todas partes, descabaló bibliotecas, sumó todos los datos en su memoria oceánica para darnos esos panoramas en que la exactitud se conjuga con la alacridad y la gracia, que constituyen desde hace años semanal regocijo de los lectores de su columna en *La Nación* y *El Diario Ilustrado* de Santiago de Chile. Le llevan los libros de América para que los compare y los juzgue como a Juez de Corte Suprema de las letras. Pero su talento inconformista,

mezclado a la vez de entusiasmo y exigente cultura, salva el material muerto y estático de toda erudición, con su fresco y personalísimo don interpretativo. Así por virtud de ingenio, anécdota y estilo puede descubrir interés periodístico en el más olvidado cronista de la época barroca; actualiza los libros viejos y busca el futuro que pueden adelantar los nuevos libros.

Como buen recuerdo de mis días de estudiante en Santiago de Chile guardo la imagen de un Latcham veintiañero que sacudía los círculos letrados y académicos de la capital chilena con un libro juvenil (demasiado sabio para sus años de entonces) que se llamaba *Escalpelo*. Fijaba valientemente en ese libro lo que un existencialista llamaría su "situación en el mundo"; con sensibilidad joven y sin negar el pasado, lo filtraba y decantaba en el tamiz de los nuevos valores históricos; trazaba —contra el convencionalismo que comporta toda tradición— su propia órbita generacional.

Después, en los años del 30 (habían venido a Chile a remover los medios juveniles en espléndidos cursos universitarios, Keyserling, Ortega y Gasset, Paul Hazard, Américo Castro), desde la revista *Indice*, Latcham cumplió un insustituible papel de intérprete de los hechos más salientes de la historia de la cultura hispanoamericana y chilena en aquellos días. Los tiempos eran agitadamente políticos, pero su política estaba impregnada de humanismo. Su fiel memoria en que nada se pierde, la coloreada vitalidad de su estilo, su don de síntesis que resumía cualquiera situación en una anécdota o una sentencia esclarecedoras, le permitían apretar en cinco cuartillas lo que en otro hubiera necesitado un centenar. Cuando los demás colaboradores exigíamos una semana para preparar el trabajo de que nos apremiaban, a Latcham le bastaba sentarse a la máquina y dejar que fluyera en amable ritmo conversacional, el misterioso medium que parecía acompañarle. En libros suyos como *Itinerario de la inquietud*, *Doce ensayos*, *Estampas del Nuevo Extremo*, hay páginas que por la exactitud histórica, el color y vitalidad estilística y la agilidad dialéctica, tendrán que incluirse como uno de los mejores aportes chilenos a la historia cultural del continente.

A su rica cultura hispánica y latina viene a sumarse la inglesa, heredada de aquel excelente antropólogo y etnólogo que fue su padre don Ricardo, sabio y hombre de gentilísimo humor. El hijo nació en casa de muchos libros donde los clásicos de Inglaterra parecían adornarse con las estatuillas, los tejidos y los cántaros que el infatigable arqueólogo recogió entre diaguitas y atacameños, quechuas y aymarás. De tal linaje le vienen al hijo el desenfadado humor y el gusto por las grandes andanzas americanas.

Viajero por todos los caminos continentales, Latcham se ha dado con pasmosa generosidad a la comunicación y el encuentro de nuestras dispersas literaturas. No hay escritor importante de nuestra Venezuela, desde los maestros del modernismo como Díaz Rodríguez y Blanco Fombona hasta los actuales como Díaz Sánchez, Uslar Pietri u Otero Silva, pasando por los novelistas de la generación anterior como Gallejos, Pocaterra o Teresa de la Parra, a los que no haya juzgado con cordial detenimiento. Su cátedra de la Universidad de Chile es despierta atalaya de cuanto se escribe en lengua española. Y sin duda que su Historia de la Literatura Hispanoamericana en que viene trabajando desde hace largos años, será la suma y animado balance de todo nuestro proceso literario. No sólo la adición heterogénea de todas las historias nacionales, sino el más útil y esclarecedor trazado de coordenadas de los movimientos e impulsos que configuran nuestra conciencia histórica.

Además de las juveniles andanzas en Santiago de Chile, de nuestra inalterable amistad de casi tres décadas, he encontrado a Ricardo con su misma pasión americanista en los más varios sitios de nuestro hemisferio: frente a las cúpulas de Cholula, en las librerías de viejo de la avenida Hidalgo en la Ciudad de México, en la biblioteca palafoxiana de Puebla, en la carrera séptima de Bogotá. Ahora me produce viva emoción verlo en Caracas y saber que entregará a los venezolanos algo de su fervor por la Cultura y su fe en la América Latina, inmensa patria común que los escritores, los sabios y los artistas deben unir. Y nada puede serme más placentero que el encargo de la Universidad de presentarle sus calurosos saludos y pedir para sus conferencias el auditorio que ellas necesitan.

(*El Nacional*, Caracas, 11 de abril de 1956).